LOS DOS DIARIOS

Por CONCHI ROMERO CRUZ

Vuelvo a la casa de mis abuelos. Las baldosas rojas del patio parecen las mismas, aunque un poco más gastadas. Crujen bajo mis pasos, como si me reconocieran y me preguntaran dónde había estado todo este tiempo. El aire huele a polvo, a los muebles viejos que duermen en silencio, como si fueran animales que ya no se mueven.

Subo a la habitación del final del pasillo. Siempre fue la mía, aunque no tenga mi nombre en ninguna puerta. Tiene magia. Me siento como Alicia en el país de las Maravillas: atravieso el espejo negro y vuelvo a la infancia. La luz entra por la ventana en diagonal y el polvo flotando parece una constelación de partículas que se han quedado suspendidas para esperarme. Miro los libros de cuentos, mis cromos de angelitos, aunque ya no quedan muchos porque con tantas mudanzas se han ido perdiendo.

Entre todas las cosas de valor para mí, han aparecido dos diarios con las mismas fechas. Una sonrisa me invade al recordar aquellos tiempos: uno era el real, donde contaba mis vivencias, mis amigos, algún problema… El otro era para entretener a mi abuela, que vivía con nosotros desde que faltó mi abuelo.

Lloraba mucho. Pasó de su preciosa casa y sus vecinos de tantos años, a un piso en la ciudad, pequeño, y a otra forma de ver la vida, se sentía huérfana y no tenía rumbo.

Por eso, aquel diario que creé *para ella* lo llenaba de cosas alegres, de anécdotas inventadas o adornadas: excursiones al parque que no siempre habíamos hecho, meriendas con amigos que tal vez no habían ocurrido, encuentros con sus vecinas… sueños felices que ojalá fueran verdad. Me gustaba verla sonreír al leerlo, ver cómo se le iluminaban los ojos y, por un rato, parecía olvidar su pena.

No veíamos ninguna película triste, pero recuerdo una serie que nos enganchó; era una familia americana que se saludaban de una forma especial: con un choque de manos y diciendo pssss. Por retener esos momentos alegres, copiamos el saludo y lo adoptamos como nuestro. Un día que la acompañamos a misa, cuando el sacerdote nos invitó a darnos la paz, nosotras sin pensarlo respondimos con el saludo de pssss.

A mi abuela le iba a dar algo de la vergüenza que le entró, pero después no pudo contener la risa. Todos alrededor nos miraban un poco confundidos, y ella, entre risas y sonrojos, trataba de explicarse, aunque apenas podía hablar. Esta tarde, al volver a casa, me tomó de la mano y me dijo bajito: Gracias, hacía mucho que no me reía así.

Desde entonces, el saludo de pssss se convirtió en nuestra llave para la sonrisa. Cada vez que la veía triste, bastaba hacerlo para que una chispa de alegría, como una estrella fugaz, le cruzara los ojos. Y en su diario (ese que yo llenaba de historias inventadas) aquel momento ocupó una página entera, adornada con corazones y flores. Ella lo leía una y otra vez, y siempre terminaba sonriendo.

Cada noche le regalaba unas páginas de su diario. A veces se las leía yo. Otras ella en voz baja, como quien reza. Me pedía que siguiera: ¿Y qué pasó después? Yo sonreía y ella sonreía conmigo, como si compartiéramos un idioma secreto.

Pienso que aquel diario falso fue, en el fondo, más verdadero que el mío. Porque en él estaban sus sonrisas, sus esperanzas, su manera de volver a sentirse viva. Hoy al leerlos, ya no sé cuál de los dos me pertenece más: el que escribí para mí o el que escribí para hacerla feliz. Quizás ambos eran parte de la misma historia (la nuestra), tejida entre mentiras piadosas y verdades que solo el tiempo se atrevió a mostrar.

Ahora con los dos diarios abiertos sobre la cama es como revivir los momentos reales y los ficticios juntos. Pienso que el diario falso es el que tiene más vida y que fue más verdadero. No contaba lo que pasaba afuera, sino lo que ella necesitaba dentro.

El diario falso sanó un corazón que la realidad había roto. No todo engaño es cruel, no toda verdad redime. A veces, lo más honesto es proteger al otro, aunque sea inventando un mundo nuevo.

Aún me parece oler su perfume entre las páginas. Cierro los ojos, hago nuestro saludo en el aire y casi puedo oír su risa, suave, como si el pssss volviera a unirnos otra vez.